

EL VIGILANTE.

PERIÓDICO LIBERAL DE GERONA.

GERONA 17 DE ABRIL DE 1870.

De Madrid nos han remitido un documento que interesa á Don Teófilo Gouvet. Ignorando su domicilio, hacemos público este aviso para que, llegando á conocimiento del interesado, pueda pasar á esta Redaccion á retirarlo.

Dolorosa impresion experimentamos al tomar la pluma en cumplimiento de un deber. Contristado el ánimo por la sangre vertida, fresca la huella de fratricidas horrores, no tenemos aun la serenidad necesaria para tratar sin pasion los sucesos que han perturbado momentáneamente la capital del Principado y tienen algo conmovida aun nuestra desventurada provincia.

Quisiéramos que la conducta de los republicanos de Valencia y Zaragoza tuviese imitadores.

Allí todo es civismo, criterio levantado y digno, recto juicio; allí ante la amenaza inminente de un partido que afila en la sombra el arma asesina con que amaga todas las libertades, el partido republicano ilustrado y digno se convierte en guardador de las libertades adquiridas, contribuyendo con su esfuerzo á realizar las operaciones del sorteo, y con sus consejos á evitar los conflictos que podia producir la ciega muchedumbre.

En nuestra provincia debiera la junta del partido republicano levantar su voz autorizada para calmar las pasiones y la sobrecitacion de ciertos temperamentos impresionables é irreflexivos para salvar el orden y con él la libertad; pues de otro modo se matan las ilusiones que un dia concebimos de que podian arraigarse perpétuamente en España las instituciones que son la corona de gloria y de ventura de los pueblos libres.

¡Ay de nosotros! ¡ay del país si no ajustamos la oposicion al terreno noble de la legalidad existente!

Republicanos de buena fé, aun es tiempo; imitad la conducta de vuestros hermanos de Valencia; tened el valor de decir la verdad á las masas estraviadas, ilustradas, y juntos podremos todavia salvar la libertad á tanta costa adquirida, y la bandera democrática de las asechanzas de los negros escuadrones del absolutismo, de la corrupcion é impudencia reaccionaria, y de los pérfidos abrazos de quienes, al calor aparente de amistad sincera, socavan los cimientos sobre que descansa el magestuoso edificio de la revolucion.

A continuacion transcribimos el notable documento que el municipio republicano de Valencia dirigió á sus conciudadanos.

Dice así:

«El Ayuntamiento popular de Valencia á sus conciudadanos.—La conducta observada por vuestro Ayuntamiento popular con motivo de las quintas, le obliga á dar una cumplida explicacion, y á manifestar los poderosos móviles que le han impulsado á obrar del modo de todos conocido.

La contribucion de sangre está en contradiccion con el credo político que profesan cuantos componen la corporacion municipal, y recientemente ha tenido ocasion de hacerlo público alguno de sus individuos en manifestaciones verificadas en Madrid; pero ocupando como Ayuntamiento un lugar marcado en la esfera administrativa, no podia, sin dejar de cumplir sus deberes, faltar á la obediencia debida á sus superiores gerárquicos y á las leyes que la nacion se dé en uso de su soberanía. Como republicanos hubiéramos renunciado y abandonado nuestros puestos: como concejales representáramos á Valencia, y con aceptar nuestros cargos el 16 de enero próximo pasado y echar sobre nuestros hombros carga tan pesada, debíamos velar y sacar incólumes sus intereses, sin distincion de partidos. La renuncia del ayuntamiento momentos antes de las operaciones de la quinta hubiera producido sin duda ninguna una terrible alarma, cuyas consecuencias, sino era fácil adivinar, era preciso prever; y al levantar su voz, los ciudadanos pacíficos nos hubieran señalado como fautores de las desgracias que sobre Valencia hubieran podido pesar.

Nuestra responsabilidad era grande: limitados á nuestras personas, éramos dueños de nuestros actos; pero este dominio se hubiera convertido en usurpacion desde el momento en que con nuestra conducta afectáramos á los intereses todos de Valencia. La única norma que en todos nuestros actos ha presidido es que si bien *no se debe sacrificar el porvenir al presente*, como por desgracia hay quien quiere sacrificarlo, *tampoco se debe caer en el extremo opuesto de sacrificar el presente en aras del porvenir*.

El deber nos impelió al repugnante acto de las quintas; esta repugnancia habéisla convertido en satisfaccion al contribuir con vuestro comportamiento á acrecentar el sentimiento del orden, al demostrar con vuestros hechos los beneficios de la paz, al poner de relieve una vez mas con vuestro sensato proceder que sois un pueblo digno de la libertad.

No solo la obediencia debida á la nacion y á las autoridades superiores han reglado nuestra conducta: los sagrados intereses que solemnemente nos confiasteis con vuestros sufragios no podíamos dejarlos abandonados: las súplicas de los padres de familia, cuyos hijos iban á ser sorteados, no podian ser desoidas; la terrible contribucion de sangre amenazaba con su dureza propia y natural dar un dia de lágrimas á Valencia, y deber nuestro era es-

forzarnos todo lo posible para dulcificarla. ¿Podíamos en tal caso retirarnos? El apoyo que el partido republicano y el pueblo entero ha prestado al Ayuntamiento ayudándole á compartir los trabajos, y aplaudiendo con su conducta todos sus actos; son elocuente contestacion á tal pregunta.

Con viva satisfaccion vé vuestro Ayuntamiento los efectos inmediatos del orden y de la paz en esta capital. En el corto tiempo de cuarenta y ocho horas quedó depositada en el Banco de España, como producto de los mismos mozos sorteables, la respetable cantidad de 300,000 rs. próximamente.

Faltan palabras para elogiar semejante proceder, basta decir que merece premio; y como premio su redencion del servicio de las armas.

Los jóvenes que con su laudable conducta han contribuido á dar un dia más de gloria y alegría á Valencia, no puede dejarlos Valencia abandonados y permitir que, bellas esperanzas de la patria, pierdan su inteligencia y hábitos de trabajo en los ocios de cuartel y fatigas de campamento. Valencia no es ingrata, debe redimirlos. El Ayuntamiento tomó la iniciativa; á su vez acudieron los interesados con la mitad de lo que para su redencion se necesita; á todas las clases de la sociedad corresponde ahora concurrir á la grande obra, dar prueba de amor á Valencia y contribuir con su óbolo á la redencion de los hijos de Valencia, entregando á las comisiones de los mismos mozos encargadas de la recaudacion con los beneméritos alcaldes de barrio y reverendos curas párrocos, las cantidades con que á obra tan benéfica quieran contribuir.

Para allegar recursos confia el Ayuntamiento en el patriotismo y generoso desprendimiento de todas las empresas de teatros y demás corporaciones, escogitándose á la par rifas y otros medios análogos con el mismo objeto.

Valencianos: la honra y la gloria de Valencia exige la redencion de sus hijos: un esfuerzo de nuestra parte y añadís un nuevo blason, un nuevo título de grandeza á tantos como os habeis sabido conquistar.

Valencia 6 de abril de 1870.—Vicente Urgellés, ántes Barberá, presidente.—Pedro Vidal.—Francisco Fuster.—Gregorio García.—Mariano Aser.—Carmelo Belenguer.—Joaquin Leonart.—Enrique Ortiz.—José Dupuy.—Ramon Massó.—Agustin Llorens.—José Martí.—Francisco Lluch.—José Saura.—Miguel Jordan.—Salvador Igual.—Pedro Chismol.—José Bonora.—Andrés Navarro.—Miguel Ortega.—Federico Fernandez de los Muros.—Luis Juan Fandos.—Antonio Tarazona, secretario.»

De nuestro estimado colega «El Sufragio Universal» tamamos el siguiente suelto:
«Mérecen la aprobacion de todos los verdaderos republicanos, las siguientes palabras con

que nuestro apreciable colega *La Revolucion*, de Alicante, manifiesta la mision que los clubs deben cumplir en la vida política de nuestro pueblo:

«Sana instruccion es la que debe dominar en los clubs, acogiendo con desconfianza á todo el que con palabras de efecto, ó floridas frases prometa lo que no puede dar; ofrezca pingüe salario con poco trabajo; al propietario ninguna contribucion, y al pobre la abundancia; pues estos son los verdaderos enemigos, los que con máscara de liberales, asestan traidora y alevosamente un puñal al corazón del partido con tal de obtener el objeto de sus afanes; los que les importa un ardite se vierta en abundancia la sangre del pueblo; por cuanto esquivando el riesgo, se aprovechan del desorden para sus interesadas miras.

Leemos en la «Discusion»:

«No somos partidarios de ningun género de imposiciones, y menos de la imposicion del juramento.

Pero lo extraño es que los neo-católicos se lamentan de estas exigencias del poder, cuando están ya acostumbrados á acomodarse á otras exigencias ciertamente mas despóticas.

¿No se acuerdan cuando en los últimos tiempos de la dominacion moderada tuvo á bien el señor ministro de Fomento exigir una sincera adhesion á la conducta privada y pública de la entonces reina?

Es decir, que entonces se pedía nada menos que los funcionarios públicos declarasen que juzgaban «espontáneamente» buenas las acciones de aquella señora, y todos los neo-católicos manifestaron «sumisos» que reconocian tal bondad, sin que ninguno entre ellos se atreviera á protestar de la violacion del gobierno.

Y hoy que se les pide simplemente acatar la legalidad constituida, se niegan á ello en nombre de la inviolabilidad de la conciencia.

Más á parte de esta contradiccion en su conducta, solo nos toca decir, respecto al clero que se niega á acatar la Constitucion del Estado, que á mas de declararse en reboton con este acto, bien pudieran sus representantes haber protestado de las relaciones que entre la Iglesia y el Estado se establece en el titulo primero del código fundamental.

Si entonces comprendieron que no debian tener ninguna suerte de dependencia con el Estado, mal han hecho en quejarse despues de la informalidad en los pagos á un gobierno cuyas decisiones no habian de obedecer.»

Crónica local.

Se han celebrado en esta capital con la mayor lucidez y magnificencia las augustas funciones de Semana Santa, así como las procesiones con el debido orden y recogimiento.

No esperábamos menos de la proverbial cultura de este vecindario.

—Nos han asegurado que la Excm. Diputacion provincial ha ofrecido una joya al consistorio de los juegos florales de Cataluña, para premiar alguna de las composiciones poéticas, en el certámen literario que debe celebrarse en la capital del principado el primer domingo del próximo mayo, manifestándonos tambien que en aquel importante acto estará representada nuestra primera corporacion popular, por una comision de su seno, como lo estuvieron el año pasado las diputaciones de las demás provincias catalanas.

Felicitemos de todas veras á tan distinguida corporacion, que, sin olvidar las muchas y delicadas atenciones que sobre ella pesan, dispensa su proteccion á la literatura catalana,

en la que tanta gloria han alcanzado nuestros modernos poetas, cabiendo una buena parte á varios jóvenes hijos de nuestra provincia.

Seccion de noticias.

Madrid 14 Abril de 1870.

«La Discusion» asegura que el partido republicano de Madrid no está dispuesto á provocar ningun desorden.

Mucho celebraríamos que los hechos no desmintieran nunca la afirmacion del colega, pues ya es tiempo de que ese partido comprendiendo sus propios intereses, imprima á su política otro rumbo, si no quiere anularse por completo y servir de mezuquino instrumento á los bastardos propósitos de la reaccion.

«El Pensamiento Español» declara que los carlistas están por cima del ministro de hacienda y de todos los ministros habidos y por haber.

Si, como algunos dicen, existen siete cielos, el periódico neo-católico tiene razon; los carlistas viven en el limbo.

—El duque de Montpensier fué á visitar al regente del reino.

—¿Un penado viene á ver al regente?, le dijo el duque de la Torre.

—Si, á decirle que no quiere indulto, le contestó el duque de Montpensier.

—Con motivo del santo tiempo que atravesamos, y con la ausencia de muchos diputados, la política ha entrado en un período de quietismo. Fuera de los Consejos de ministros, donde se han tratado estos últimos días árdnas cuestiones, y de los salones del Congreso, en donde sigue preocupando la atencion de los diputados que han quedado en Madrid la cuestión de incompatibilidades, la política descansa en paz estos días, y no recobrará su habitual animacion hasta que el próximo martes se reanuden las sesiones de Cortes.

—El *Telégrafo Autógrafo* dice que el día 8 se notificó á las partes el laudo que ha recaído en la cuestion pendiente entre doña Isabel de Borbon y su esposo, y cuya sentencia arbitral abraza los puntos siguientes:

1.º Doña Isabel es dueña y legitima de todos los bienes de su casa.

2.º D. Francisco de Asis es jefe de la familia.

3.º Se asignan á D. Francisco de Asis una pension de 150.000 francos anuales, convenientemente garantida con el capital necesario al efecto.

Los árbitros han declarado que el palacio de Basilewski es de la exclusiva propiedad de doña Isabel, y D. Francisco de Asis no habitará en lo sucesivo en el palacio de la venida del Rey de Roma.

—Han desaparecido de Lisboa donde se hallaban residiendo el ex-brigadier Pierrad y el coronel Berreguero, emigrados republicanos.

—Parece que dentro de breves días verá la luz pública en Paris un nuevo diario español.

—El señor Sagasta parece que pasará algunos días de la próxima Pascua en una posesion que tiene en la Mancha. Le acompañará don Venancio Gonzalez.

—Al consejo de ministros que se celebró ayer tarde asistió el presidente de las Cortes.

—Háblase de una gran reunion carlista en Clarens, el próximo domingo, con objeto de ponerse de acuerdo el elemento viejo y el nuevo. Sigue el desacuerdo entre Ceballos y Cabrera.

Madrid 15 de abril.

Ha sido sacramentado el marqués de Viluma.

A la junta carlista que va á celebrarse en Clarens asistirán diputados y periodistas tradicionalistas.

NO TODO HA DE SER POLITICA.

Es de tanto interés el triste relato histórico que describe la bien cortada pluma del escritor público D. J. María Jorro, y que publica nuestro estimado colega «El Sufragio Universal», que no podemos resistir al deseo de publicarlo, en la seguridad de que no han de censurarlo nuestros suscritores.

LA EXPIACION DE UN MENDIGO.

Las revoluciones traen en pús de sí hechos llenos de horrosas peripecias que contristan el corazón y

transportan el pensamiento hasta perderse en un mar de conjeturas, considerando la ambicion de los hombres hasta el punto de apurar con negra ingratitud los beneficios que pródiga mano le tendiera.

Existen, por desgracia, seres cuyo organismo, desarrollándose entre vacilaciones de la maldad, ejercen sobre ellos tan perniciosa influencia, que pocas son las ocasiones en que una buena accion encuentra la justa recompensa.

Santiago d' Brouvel era uno de esos tipos donde la sed y ambicion se sobreponia á todo afecto de gratitud. Hijo de unos pobres labradores, sin bienes ni fortunas, su carácter alegre y vivaracho le granjearon la estimacion de los dueños del condado, que, solícitos, compartian con el tierno infante los mismos cuidados y atenciones que prodigaban á sus hijos, recibiendo á la par de ellos una esmerada educacion. Beneficios que pagó con la deslealtad y negra ingratitud que solo cabe en criminales pechos.

En las gradas del templo de la Magdalena de Paris, veíase diariamente un anciano mendigo ocupar un puesto en el suelo del sagrado recinto. En sus modales y en su lenguaje, se advertian una educacion superior á la que por lo regular acompaña la miseria. Sobre sus destrozados vestidos se divisaba la dignidad de otro estado más elevado. Así es, que en medio de los pobres habituados á frecuentar aquel lugar, en medio del abandono de todos aquellos infelices gozaba Santiago de gran autoridad; su carácter franco y liberal, su imparcialidad en la division de las limosnas, unico beneficio del pobre para el pobre, y su celo en apaciguar las querellas de sus compañeros, le hicieron adquirir una bien merecida consideracion. A pesar de todo esto, para sus camaradas y para los fieles que frecuentaban el templo, se ocultaba bajo su sombrío ceño un misterio que en vano trataron de descubrir.

Venticinco años hacia que diariamente ocupaba Santiago el mismo lugar, y estaban tan habituados á verlo en él, que era ya como parte del ornamento de la entrada, como las estatuas que adornan algunos edificios. Una sola cosa pudo adivinarse en todo este largo período, que jamás Santiago puso su planta en el interior de la iglesia, y sin embargo, era católico. Y que cuando los cánticos piadosos resonaban en la bóveda sagrada, y se elevaban al cielo los votos de los fieles, el mendigo se sentia impulsado á confundir sus rezos con los que ocupaban el interior, y con un mirar penetrante, contemplaba desde fuera el cuadro magestuoso de la habitacion del Rey de los cielos.

El vivo reflejo de la luz al través de los vidrios góticos, la calma profunda y el recogimiento de los fieles le hacian derramar algunas lágrimas sobre sus mejillas, arrugadas por el trascurso de los años. Un profundo remordimiento, ó el recuerdo de una gran desgracia, parecia nublar su frente y doblegar contristada su cabeza sobre el pecho.

Concurría á este templo un sacerdote á celebrar el sacrificio de la misa. Era este santo y evangélico sugeto uno de esos seres, en cuyo rostro está retratada la bondad, la mansedumbre del espiritual pastor de la religion: descendiente de una de las familias más antiguas del imperio, poseedor de una fortuna inmensa, hallaba su placer en distribuir parte de sus cuantiosas rentas en aliviar la triste suerte de los mendigos. Santiago habia llegado á ser el objeto de una especie de afeccion, y todas las mañanas el abate Paulin le acompañaba con palabras de dulzura y de bondad, su limosna convertida en renta cotidiana.

Un día Santiago no pareció á la hora acostumbrada; el abate Paulin deseoso de repartir su limosna, buscó con afan la habitacion del anciano, al que encontró enfermo, tendido en una tarima.

Las miradas del eclesiástico se fijaron en el lujo y la miseria que mostraban juntos los muebles de tan

reducido aposento. Un magnífico reloj de oro se hallaba suspendido en su mezuino entablado; dos cuadros ricamente dorados; pero cubiertos con crespon negro pendían de las blancas paredes del mismo; un crucifijo de marfil de un exquisito trabajo se veía frente al escritorio; una silla antigua con relieves góticos, y entre algunos libros usados se notaba un misal con adornos de plata, anunciando todo el resto del ajuar; una completa miseria.

La presencia del abate reanimó al anciano que con un acento lleno de reconocimiento exclamó:

—¿Os recordais, señor abate, de un desgraciado?

—Amigo mio, respondió Mr. Paulin, un eclesiástico no olvida sino á los dichosos. Venia á saber si teniais necesidad de algun socorro.

—No tengo necesidad de nada, respondió el mendigo; mi muerte está próxima; ¡solo mi conciencia no está tranquila!

—¿Vuestra conciencia? ¿Teneis alguna falta grave que expiar?

—Un crimen, un crimen enorme, un crimen por el cual toda mi vida ha sido una cruel é inútil expiación... ¡un crimen sin perdon!

—Un crimen sin perdon no existe. La misericordia divina es más grande que todos los crímenes de los hombres.

—Pero un criminal, manchado con el más horrible delito, ¿qué tiene que esperar? ¿el perdon... no lo hay para mi.

—Lo hay, dijo el eclesiástico poseido de un vivo entusiasmo; la duda sería una blasfemia, horrible aun más que vuestro mismo crimen.

La religión, viendo sus brazos al arrepentimiento Santiago; y si el vuestro es sincero, implorad la bondad divina. Ella no os abandonará. Empezad, por tanto, vuestra confesion.

En seguida el abate se descubrió, y despues de pronunciar las palabras sublimes que abren al penitente las puertas del cielo, escuchó al mendigo.

—«Hijo de un pobre arrendatario, y honrado con el efecto de una familia de alta nobleza, de la que mi padre cultivaba algunas tierras, fui acogido desde mi infancia en el castillo de mis protectores.

Destinado á ser ayuda de cámara del heredero de la familia, la educación que se me dió, mis rápidos progresos en el estudio y la bondad de mis señores, cambiaron en breve mi estado. Ascendí al empleo de secretario.

Me hallaba á los 25 años de mi edad cuando la revolucion estalló: la lectura de los papeles de aquella época sedujo mi razon; mi ambicion se ofuscó sobre mi posicion precaria, y concebí el proyecto de abandonar por los campos, el castillo, asilo de mi juventud. Si hubiese seguido este primer movimiento, la ingratitud me hubiera evitado el crimen! El furor de los revolucionarios se derramó pronto en las provincias, y temiendo ser arrestados en su posesion, mis señores despidieron sus criados. Algunos fondos fueron realizados á la ligera, y no guardando consigo de todo su rico ajuar sino los objetos preciosos por recuerdos de familia, corrieron á encerrarse en París, buscando un asilo en la multitud, y el reposo en la oscuridad de su domicilio. El reino del terror se hallaba en toda su fuerza; y persona alguna sabia el secreto de la retirada de mis favorecedores. Incluso en la lista de los emigrados, poco les importaba; se hallaban todos reunidos, tranquilos y desconocidos. Animados de una fé viva en la Providencia, aguardaban un celo más clemente. ¡Vana esperanza! La única persona en posicion de revelar su existencia y de arrancarlos de su asilo, tuvo la infame vileza de denunciarlos. Este delator soy yo.

El padre, y la madre, cuatro hijas modelo de belleza é inocencia, y un jóven de diez años, fueron arrojados juntos en un calabozo y librados á los horrores de la cautividad. Su proceso se siguió sin demo-

ra. Los pretestos más frívolos bastaban entonces para envlar un inocente al cadalso: sin embargo, el fiscal público encontraba apenas motivo de persecucion contra tan noble é interesante familia: un hombre se encontró iniciado en las confidencias del hogar doméstico, y depositario de los más íntimos pensamientos de ella, acriminó las circunstancias más simples de la vida, é inventó el crimen frívolo de conspiracion. El calumniador, este falso testigo, soy yo.

El decreto fatal fué pronunciado al fin. La sentencia de muerte cayó sobre toda la familia, libertando solo al jóven de diez años. ¡Desdichado huérfano, destinado á llorar toda la vida: su familia, y á maldecir su asesino si lo hubiese conocido! Resignada, y consolándose por sus virtudes esta infortunada familia, aguardaba la muerte en su prision. Un olvido se interpuso en el orden de las ejecuciones. El dia designado para ella pasó; y si no hubiera habido persona interesada á saciarse en estos inocentes como en una presa, la vida hubiera escapado al suplicio. Un hombre impaciente de enriquecerse de algunos despojos se presentó en el tribunal revolucionario, hizo rectificar este error, y vió recompensado su celo con un diploma de civismo. La orden para la ejecucion fué estendida en el momento, y aquella tarde misma la desastrosa justicia de aquel tiempo seguia su curso. Ese activo revelador, soy yo.

Al caer el dia y á la claridad de las hachas, la carreta fatal conducía á la muerte esa noble familia. El padre, la frente cubierta de un dolor profundo, ocultaba con sus brazos sus dos hijas más jóvenes; la madre, señora de valor y fé cristiana, estrechaba en su seno las dos mayores; y todos confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas y sus esperanzas, repetian los rezos de los agonizantes. Nunca el nombre de su asesino salió de su boca. Como ya era tarde, el verdugo, cansado de su trabajo habia confiado á uno de sus ayudantes esta tardía ejecucion. Poco acostumbrado éste á tan horrible ejercicio, imploró en el camino la asistencia de uno de los espectadores. Un hombre con la mejor voluntad se presentó á ayudarle en tan innoble ministerio. Ese espectador era yo. El precio de tantos crímenes fué una suma de 3,000 francos en oro y los objetos depositados aun aquí en rededor mio, testigos irrecusables de mi delito. Despues de este crimen quise distraerme en el libertinage; pero gastando en poco tiempo el oro, fruto de mi conducta infame, el remordimiento se apoderó de mí. Ningun trabajo, ninguna empresa ni proyecto ví coronado segun mis deseos. Llegué á verme pobre y enfermo. La caridad me dió un lugar privilegiado en el umbral del templo en que he pasado tantos años.

El recuerdo de mi delito era tan punzante, que desconfiado de la bondad divina, jamás osé implorar el consuelo de la religion ni entrar en la iglesia. Las limosnas, las vuestras sobre todas señor Abad, me ayudaron á economizar la suma robada á mis señores: vedla aquí. Los objetos de lujo que observais, señor, en este aposento, este reloj, ese crucifijo, este libro y esos retratos cubiertos, son el ajuar robado á mis víctimas. ¡Ah! ¿Qué largo y profundo ha sido mi arrepentimiento: más sin fruto! Señor abate, ¿creéis que pueda aguardar perdon de Dios?

—Hijo mio,—replicó el abate;—vuestro delito es sin duda espantoso. Los huérfanos privados por la revolucion de sus padres, comprenden como ningun otro, con que dolor recargasteis vuestras víctimas. La vida entera pasada, anegada en lágrimas, no es bastante para expiar tamaño crimen.

Sin embargo, los tesoros de la divina misericordia son inmensos, y con la bondad del Ser Supremo, creo poder aseguraros vuestro perdon.

En seguida se levantó el eclesiástico como animado de nueva vida; el mendigo bajó de su cama y púsose de rodillas. El abate Paulin de Saint C... iba

ya á pronunciar las poderosas palabras que destruyen las faltas de los hombres, cuando el pordiosero, exclamó:

—¡Padre mio, aguardad! Antes de recibir mi perdon, logre yo desembarazarme del fruto de mi crimen. Tomad, señor, estos objetos; vendedlos, y distribuid su valor entre los pobres.

Con su precipitado movimiento, el mendigo arrojó la gassa que cubria los dos retratos.

—Ved, dijo, ved la augusta imágen de mis señores.

A su vista el señor abate Paulin de Saint C... dejó escapar estas palabras:

—¡Mi padre! ¡Mi madre!

De repente el recuerdo de la horrible catástrofe, la presencia del asesino, la vista grata de aquellos objetos tan caros, se apoderaron del alma del eclesiástico, que cediendo á un desfallecimiento involuntario se dejó caer en una silla. Apoyada la frente en sus manos, vertia lágrimas en abundancia; una herida profunda nuevamente acababa de sangrar su corazón.

El mendigo, aterrado, no atreviéndose á levantar sus miradas hácia el hijo de sus señores, sobre el juez terrible é irritado de quien debia esperar la cólera mas bien que el perdon, se rodó hasta sus pies, los bañaba de lágrimas, y repetia con voz desesperada:

—¡Mi señor, mi señor!

Esforzábase el eclesiástico sin mirarlo, á comprimir su dolor.

El mendigo gritó:

—¡Sí, soy un asesino, un monstruo, un infame! Señor abate, disponed de mi vida, ¿qué debo hacer para vengaros?

—¡Vengarme! respondió el abate, vuelto en sí por semejantes palabras, ¡vengarme, desdichado!!!

—¿No tenia razon en decir que mi crimen era sin perdon? Demasiado sabia que hasta la misma religion me rechazaria. Nada es el arrepentimiento para un criminal de mi especie; ¡no hay perdon... no hay perdon!

Estas últimas palabras, pronunciadas con un acento terrible, recordaron á la mente del eclesiástico su deber y su mision. Cesó la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado. La humana debilidad habia por un momento reclamado las lágrimas de un hijo entristecido. La religion levantó el celo abatido del presbítero. El abate tomó en sus manos el crucifijo, herencia paterna caída en poder de aquel desgraciado, y presentándola al mendigo, exclamó con voz conmovida, pero clara:

—Cristiano, ¿vuestro arrepentimiento es sincero?

—Sí.

—Vuestro crimen, ¿es objeto de un horror profundo?

—Sí.

—Dios, inmolado sobre esta cruz por los hombres, os concede su perdon; acabad vuestra confesion.

El eclesiástico, con una mano extendida sobre el mendigo, y teniendo en la otra el signo de redencion, hizo descender la divina clemencia sobre el asesino de toda su familia.

Fijo el rostro en la tierra, el mendigo permanecia inmóvil á los pies del eclesiástico. Este le tiende su mano para levantarlo, pero... ya no existia.

Despues de un breve momento de silencio, y de elevar sus oraciones al cielo por el eterno descanso del alma de aquel criminal arrepentido, salióse de aquel recinto, en que su corazón volvió á abrir las heridas aun no cicatrizadas por los años. La vista de aquel cadáver, los objetos que le rodeaban, y el triste recuerdo de su familia, hicieron verter sobre su rostro un raudal de lágrimas. La justicia del cielo se habia cumplido; la religion llenado sus más santos deberes.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Director de *El Vigilante*.

Olot 14 abril de 1870.

Muy Sr mio: Por persona llegada de esa capital he sabido que V. piensa suspender la publicacion empedrada de la importante y nunca bien ponderada carta del célebre obispo de Orleans Mr. Dupanloup, porque le ha arredrado en su plausible idéa algún que otro suscriptor que prefiere á dicho documento asuntos de política palpitante.

Tan absurdo modo de pensar debe V. rechazarlo con su ilustracion y buen criterio; y por lo tanto, á nombre de los amigos y correligionarios le ruego continúe la insercion de dicho documento que vale mucho, y todos tendremos el gusto de poder conservar y estudiar y apreciar con tan buen maestro la cuestion de la infalibilidad del Papa. Suyo afectisimo Q. B. S. M.—*El Corresponsal*.

Efectivamente habiamos tratado de suspender la publicacion de aquel documento por los motivos que nuestro corresponsal de Olot lamenta. Sin embargo, cediendo á sus justas indicaciones, procuraremos complacerle en el próximo número.

GACETILLA.

¿Y Á MÍ QUE ME CUENTA V.?

Mis males no tienen tasa;
yo no sosiego ni duermo,
ni como, y estoy enfermo
y no sé lo que me pasa.
Estoy mal si estoy en casa
y mal si salgo á paséo,
y á este paso muy bien creo,
aun que ello me causa tedio,
que no he de hallar un remedio
á mi mal, claro lo veo.

Con dolor, pues, tan profundo
y con pena tan terrible,
casi parece imposible
hallar consuelo en el mundo.
En mi afliccion me confundo
y no sé lo que me hablo,
estoy que me lleva el diablo,
rabioso, fuera de mí;
y como esto siga así
pleito al mismo cielo entablo.

Apenas sigo la moda
y visto con desaliño,
á nada tengo cariño
por que nada me acomoda.
Lo mismo miro una boda
que un entierro ó que un bautizo;
no sé por que Dios me hizo
tan raro y tan singular,
en fin, he de confesar
que ya por nada me hechizo.

No frecuento las reuniones
ni á un baile voy, esto es cierto,
ni asisto á ningun concierto
ni á otras muchas funciones.
Y me dejo entre renglones
otras cosas que yo hago,
por que comprendo que al cabo
en callarlo hago muy bien;
no se vaya á creer alguien
que mis acciones alabo.

—¿Pero por que tal dolor,
tantas penas y desvelos?

¿Son acaso agudos celos
la causa de tal rigor?
O algun escondido amor
es la causa. ¿Me equivoco?
Pues ó he de volverme loco
ó la he de saber yo.

—¿Que no lo sabe V.?—¡no!

—¡No? hombre, pues... yo tampoco.

N. F.

Cavilaciones. Hé aquí las que preocupan á cada paso á un periodista:

Si el diario contiene mucha lectura, los suscritores se quejan que hay pocos anuncios.

Si el tipo es muy grande, los suscritores se quejan de que hay muy poca lectura.

Si el tipo es pequeño, los suscritores se quejan de que no pueden leerlo.

Si se dan noticias telegráficas, los suscritores dicen que son cuentos.

Si no se dan noticias telegráficas, los suscritores se quejan de que el periódico carece de interés.

Si se publican gacetillas, los suscritores se quejan de que el periódico está lleno de tonterías y cuentos añejos.

Si no se publican gacetillas, los suscritores dicen que los redactores son unos fósiles.

Si se publican artículos originales, los suscritores se quejan de que no son demasiado enérgicos, ó de que no han sido consultados acerca de ellos, ó de que no queda lugar para las traducciones.

Si se publican cosas traducidas, los suscritores se quejan de que ya las habían leído en otros periódicos, y dicen que los redactores son unos olgazanés.

Si se alaba á alguien, los suscritores se quejan de que el periódico no es imparcial.

Si no se alaba á nadie, los suscritores dicen que los redactores son unos osos sin domesticar.

Si se publican artículos de modas, los suscritores masculinos se quejan de que el periódico está lleno de papurruchas.

Si no se publican artículos de modas, las suscritoras dicen que el periódico no sirve para nada.

Si se habla de religion, los suscritores dicen que los redactores son unos mojigatos é hipócritas consumados.

Si no se habla de religion, los suscritores dicen que los redactores son unos ateos, malvados y pecadores de siete suelas.

Si se publican cartas como las del obispo de Orleans, algunos suscritores dicen que es demasiada estensa y prefieren política palpitante.

Si los redactores tienen por necesidad que salir á la calle, los suscritores se quejan de que aquellos nunca atienden á sus negocios.

Si se publican poesias, los suscritores dicen que los redactores son muy sentimentales.

Si se publica sólo prosa, los suscritores dicen que los redactores son unos ignorantes en literatura y que carecen de gusto.

Si los repartidores llegan un poco tarde á las casas de los suscritores, éstos se quejan de que siempre reciben el periódico demasiado tarde.

Si los repartidores se adelantan algo á la hora de costumbre, los suscritores se quejan de que reciben el periódico demasiado temprano.

El Eco de Alicante dá cuenta de un notable fallo dictado por el sapientísimo alcalde de uno de los pueblos de aquella provincia. He aquí el hecho:

Atacada de los dolores de parto la mujer de un labriego que habita en el campo, y no siendo posible á su marido dejar en tan críticos momentos abandonada á su mujer para ir en busca de socorro, se vió en la dura precision de prestarla los necesarios auxilios, hasta que se verificó felizmente el alumbramiento que llenó á ambos esposos de regocijo.

No había sospéchado el pobre campesino que el

natural socorro que habia prestado á su conjunta fuere nada menos que una infraccion de las leyes del país; pero el alcalde del pueblo, con gran talento, discurre que se habia ejercido la profesion del comadron y de la partera usurpándose á estos sus derechos, por cuya razon impuso al labriego la multa de diez escudos.

Parece que éste ha apelado ante el juzgado.

Pero ha hecho mal.

Si hubiese vivido entre *salvajes* bueno que hubiese auxiliado á su mujer, pero... en los dominios de ese alcalde, ¡horror!

ANUNCIOS.

ARMERIA DE CAYETANO CARBÓ
con gran rebaja de precios, calle de la Platería,
núm. 30, Gerona.

Rewolver de	70 á 400 rs.—
Fouchés dos tiros de todos sistemas.	400 á 1000.
Id. de un tiro.	160 á 400.
Piston dos tiros.	300 á 400.
Id. un tiro.	400 á 160.
Berdams 12 tiros minuto.	á 400.

Además se hallará toda clase de accesorios para todos sistemas de escopetas, municiones de todas clases.

INTERESANTE.

En una poblacion de las mas importantes de esta provincia, se hallará, para quien desee adquirirlo, un espacioso establecimiento-café, con mesa de billar y demás enseres necesarios, todo en buen estado y á un precio convencional.

Esta ganga la motiva el quererse los dueños que hoy lo poseen, trasladarsu residencia á otro punto.

En la imprenta de este periódico darán los pormenores necesarios.

El que quiera comprar perpetuamente, con condiciones ventajosas, parte de la casa núm. 22, sita en la calle de Mercaders, (vulgo de la Nieve) conocida por el público casa de Llosas, que consiste en tienda que hay las vacas de leche, entresuelo, tercero y cuarto piso, y el derecho de no dar paso á nadie por la escalera que hay en toda dicha casa y calle. Dejarse ver con el representante de su dueño José Balmás calle de la Barca, piso 4.º n.º 6.

Don José Fita y Don Sebastian Massó, dueños de un nuevo café, sito en la calle de Mercaders número 18, tienen el gusto de participar al público que quedará abierto desde hoy domingo, procurando el mayor esmero en el servicio y buena calidad en toda clase de bebidas, á fin de complacer debidamente á los que se sirvan honrar el establecimiento.

CAPSULAS RAQUIN.
COPAIBA PURO DE PARIS.

Después de cien curaciones obtenidas de igual número de enfermos, la Academia de medicina ha declarado que estas capsulas son superiores á todas las demás preparaciones. Para precaverse contra la falsificacion exijase el nombre del inventor RAQUIN que lleva cada frasco.

Depósito en la Botica Universal de D. Joaquín Ametller y Viñas, calle de la Cort-Real número 4 Gerona.

TINTURA DE ÁRNICA SUIZA. (ALPES.)

Indispensable á todas las familias y á los viajeros.
Véndese en frascos de 4 y 8 rs. En la mencionada Botica.

Baile.

La sociedad establecida en el Café de Cataluña, lo dará hoy y mañana por la tarde y por la noche.—La Comision.

GERONA.

Imprenta á cargo de Pablo Puigblanqué y Forment
Plaza de la Independencia núm. 15, bajos.